

PORFIRIO BARBA JACOB

ESTUDIO



Fredo Arias de la Canal



Entre los gigantes de la poesía hispánica, se levanta la figura de este poeta colombiano, quien supo conjugar el dominio del idioma castellano y una cultura general muy sólida, con su intuición poética, embelesándonos con el estilo propio de aquéllos que han sabido escalar las espinosas cuestas del Parnaso.

Pocos han sido los poetas que han intuido en sus versos, la característica básica del inconsciente humano: el masoquismo psíquico. Recordemos a Juana Inés:

**¡Prisión apetecida,
adonde las cadenas,
aunque parecen penas,
son glorias de una vida
que, haciendo dichas de las aflicciones,
regula por joyeles las prisiones!**

Está claro que las aflicciones infantiles se convierten en dichas interiores que, en momentos de éxtasis o de sonambulismo, afloran del inconsciente del poeta, quien dice entonces sabias cosas que él mismo no entiende, como había observado Sócrates. Leamos estos versos de Barba-Jacob:

**Mas la Dama que ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó las guirnalda de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos
ondeantes y rojos,
y hallé el deleite en ellos,
entornando los ojos.**

...
**y está la Muerte en ellos,
insondables los ojos. . .**

Ya establecida la regresión a la adaptación a la muerte, comprenderemos los siguientes versos:

**Claridad estelar, templo encendido,
rima errante por noches de pavor,
huerto a la luz de Vésper. En olvido
mi ser se muere, mi canción no dura
y fui no más un lúgubre alarido
(. . .)**

**Pero la dama misteriosa
de los cabellos de fulgor,
viene y en mí su mano posa
y me infunde un fatal amor.
Y lo demás de mi vida
no es sino aquel amor fatal,
con una que otra lámpara encendida
ante el ara del ideal.
Clava en mí tus puñales homicidas
desgárrame, ya es hora. . .**

...
El cuello blandamente
dispongo a los verdugos
y con piedad extraña
sonríe en la tragedia.
(por eso yo en mi conciencia
reclamo el hacha y el tajo. Díaz Mirón).

(...)
y siento hervir mi sangre,
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando. . .

(...)
Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,
en una gozosa desesperación. . .

Evoquemos este poema de Juana Inés en *El Divino Narciso*:

Ahogado por tu propia cuerda
¡Conocedor de ti mismo!
¡Verdugo de ti mismo!
¿Por qué te ataste
con la cuerda de tu sabiduría?

Veamos la respuesta que nos da Porfirio:

Y luego. . . ser yo el árbitro de mi torpe destino, actor
de mis tragedias, verdugo de mi honor.

El poeta tiene la facultad de intuir en momentos sublimes su problema básico. Oigamos:

Sobre las playas de la Muerte, un día,
la madre viene al niño a amamantar.

La adaptación inconsciente del poeta a la idea de morir (playas de la Muerte) de sed (amamantar) es clara. Y contra esta adaptación observamos sus defensas psicológicas: sus metáforas de sed y agua:

Y el río que viene a tu seno proficuo
y en tu seno se parte en dos rutas,
y rinde sus cofres de gemas pulidas
y rinde la miel de sus tórridas frutas.

(...)
El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni ríela ni murmura. . .

(...)
¡Oh, si entonces mi sangre refluyera,
y, manando del cuerpo como un vino
que se vierte, mi lúgubre jornada
fuera no más vertiginoso instante
de aquel vago crepúsculo ambarino!
(...)

Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!

(...)
La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

(...)
Lácteoazulino chorro de agua
entre la etérea bruma del claro día infantil;
y por las noches, no se qué aromas entre las ráfagas
de los eneldos, y los saucos y el toronjil.

(...)
El hombre ruin, que a riegos de su frente
mojó los surcos de heredad extraña;
que ante el festín espléndido gemía,
por siempre insatisfecho de migajas.

Hemos visto en el estudio de Juana Inés, cómo se forman las adaptaciones a la idea de ser devorado y de ser envenenado por el pezón maligno que no da leche o que da mala leche. Pezón que suelen simbolizar los poetas en las serpientes. Veamos:

Silbaban sus palabras como víboras
de fuego, llameantes, arrecidas,
y las sutiles lenguas de las víboras
destilaban dulzores homicidas.
¡Cómo me conmovi! Sobre las hierbas
sudor de sangre
marcó mis huellas.

(...)
Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca innoble y ávida destila
—frutos de Satanás— hondos venenos.

No es nada raro, pues, que en sus versos se de el poeta miel a panales, en lugar del veneno de su infancia:

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil vi el monte
dar la miel de sus colmenas. La alegría, como la miel del
monte, no cesa de fluir.

Grana el campo nutricio, fluyen mieles
(...)
Derrame un ruiseñor en el himnario
toda la miel del día

(...)
El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles
(...)

¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
(. . .)

La estrella está en si misma embelesada;
tiene el trigal sus oros y sus mieles,
y la frente de líquidos caireles
no pide al Numen nada. . . nada. . . nada. . .
(. . .)

O si apunta la luz del día infante
de Navidad, cuando el rocío es miel,
se lanzan en un ímpetu anhelante
por ver al Niño y por jugar con él.
(. . .)

Mas la Dama, sortilega a mi lado,
besó mi boca: ¡oh fruto llameante,
de mil íntimas mieles penetrado
por misterio marino y montesino!. . .
(. . .)

La onda estelífera se diluía, ebria de mieles
(. . .)

Las mieles de amor entre tus labios
(. . .)

Ella, ¡todo el aroma de la vida
en la miel de la dulce juventud!
y la miel del trigal y el labio amante
fue un sueño que se apaga y que se olvida.
(. . .)

Tíbulos, en mieles íntimas constante
(. . .)

En tus labios no miela el colibrí
(. . .)

Senti rugir la Envidia, y entre la noche oscura
ella amargó un instante los frutos de mi vida;
mas alzo bravamente mi lámpara prendida
y truecó en claras mieles mi horror y mi amargura.

Recordemos este verso de Francisco de Terrazas (1525-1600):

Con una y otra nave se empareja,
esta y estotra espanta de pasada,
como con el villano anda la abeja
que del panal de miel fue despojada

Veamos este de Rafael Laffón (sevillano):

Piel fragante, piel suave,
tersa piel de aire y cielo.
El tacto es miel que sabe,
y el sabor terciopelo.

Leamos este de Unamuno:

Sin bretes ni eslabones, altanera
y erguida, pisa el yermo seco y rudo,
para la miel del cielo es un embudo
la copa de sus venas sin madera.

Libemos este verso de García Lorca:

Amanecía
en el naranjal.
Abejitas de oro
buscaban la miel
¿Dónde estará la miel?

Pero aquel que desee empalagarse de miel, que lea el análisis que a Mercedes Secchi (argentina) le hice en NORTE N° 250.

Ahora entremos de lleno en el deseo de morir, del poeta; deseo inconsciente: "La muerte que me roza con sus alas, tragedias ajenas, fracasos, ayes, amores, alaridos (. . .) Las cosas abrían sus bocas para reír, me mostraban las entrañas, y luego me tendían los brazos en una fraternidad a la vez gozosa y lúgubre. . ."

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,
todo estaba sangriento.

(. . .)

La noche adviene, de mortuorio emblema,
retumba en mi recuerdo mi alarido.

(. . .)

Honda, inmóvil, letárgica laguna
que semeja el sepulcro de la luna

(. . .)

tu, bajo el golpe, lívido e inerte,
marchita ya tu varonil firmeza,
buscarás en los limbos de la Muerte
donde rendir tu fúnebre cabeza. . .

(. . .)

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileno:
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.

(. . .)

Decíame cantando mi niñera
que a mi madrina la embrujó la luna;
y una Dama de ardiente cabellera
veló mi sueño en torno de mi cuna

(. . .)

Mas hay también ¡oh Tierra! un día. . . un día. . . un día
en que levamos anclas para jamás volver. . .
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

(. . .)

La Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida:
¿un niño en ese instante los ojos no entreabrió?
Pero mi torvo corazón no olvida:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

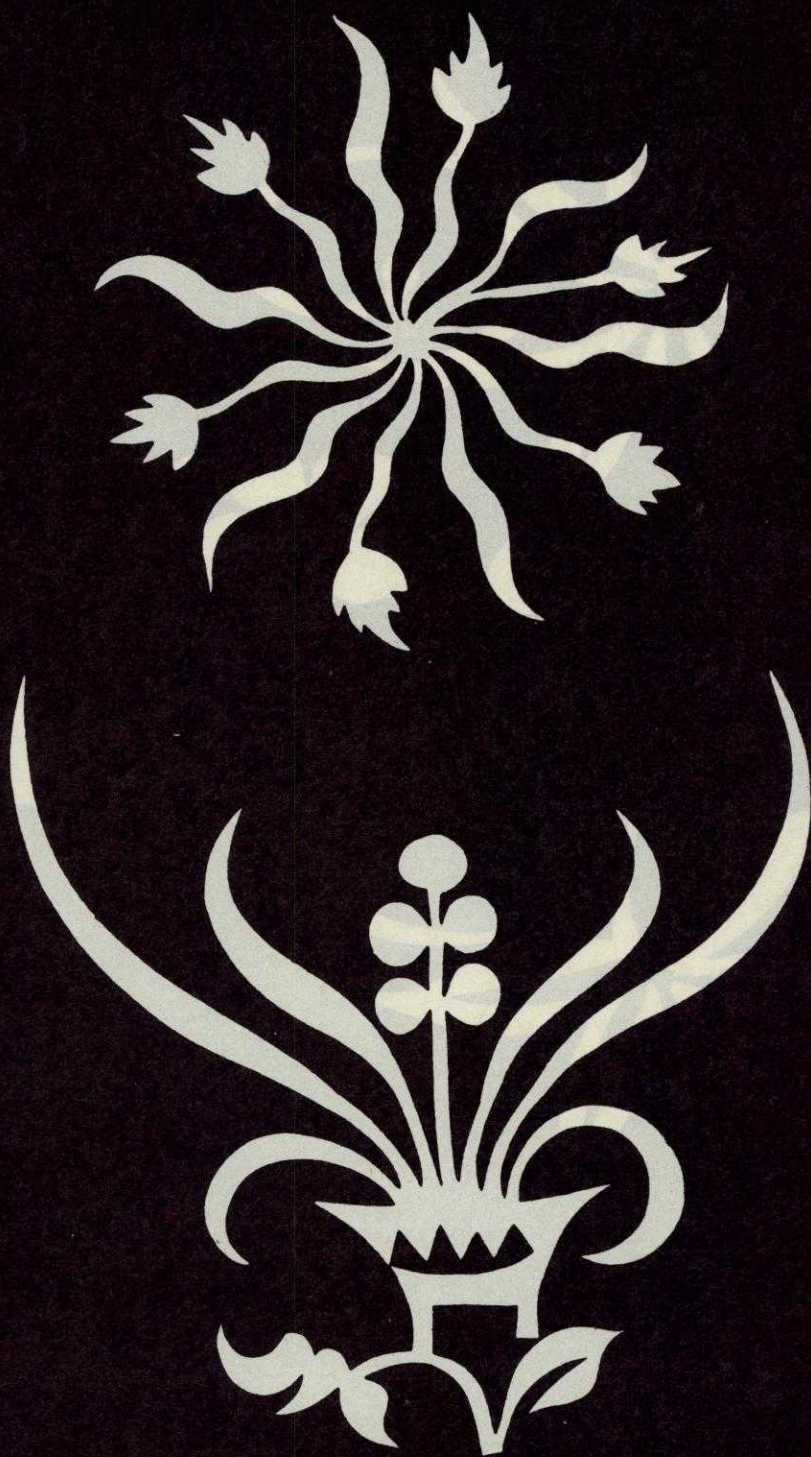
Y al fin, quietud. . . El mortuorio túmulo,
loas lúgubres, flores, oro póstumo,
y, en mármol negro, el Numen desolado.

Con sus manos violáceas, en la tarde riente,
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.

Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

(. . .)





Tu en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía.
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo...
¡Alegria! ¡Alegria! ¡Alegria!

(. . .)

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta
y la tarde es ya el día que pasó.

(. . .)

Nada en el triste desmayo lento
hacia la gota, los estertores y el ataúd.
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd.
Que el nudo sea muy apretado
porque a la muerte se rinde fiero,
aún rencoroso mi corazón.

(. . .)

Cuando te mueras harás un viaje como este loco. . .
De sueños turbios y versos claros estaba loco.

(. . .)

El pobre hombre se fue arruinando poquito a poco
y al fin la muerte. . . Ya hiede un poco. . .
¡Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

(. . .)

Sobre las playas de la Muerte, un día,
ella y yo nos pusimos a jugar.

(. . .)

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo,
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

(. . .)

(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)

(. . .)

todo lo apagará con mano blanda
el tiempo, de quien eres un cautivo;
y yacerás en cárcel miseranda,
arcón exhausto, muerto supervivo.

(. . .)

Decid cuando yo muera (¡y el día esté lejano!)
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento. . .

(. . .)

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira, jamás, esclareció,
y nadie aún ha medido su trágico lamento. . .
Era una llama al viento y el viento la apagó.

Observemos cómo se defiende Barba-Jacob contra la
idea de morir:

¡Oh, no puede morir! Ella difunde
vigor perenne a un ritmo encadenado;
en cada instante efímero transfunde
algo eternal el alma del pasado.

(. . .)

Mas al rodar al tenebroso abismo,
aún clamaré con mi última energía,
firme en mi ley, seguro de mí mismo:
—¡MI HORA NO HA LLEGADO TODAVIA!

Pero indudablemente los mejores versos son aquéllos
que conjugan la sed con la muerte. Y pocos son los
poetas que en un mismo pensamiento, proyectan estos
temores inherentes a todo escritor. Evoquemos a Go-
rostiza:

Detén, agua, tu prisa, porque en tanto
te ciegue el ojo y te estrangule el canto,
dictar debieras a la muerte zonas;
que por tu propia muerte concebida,
sólo me das la piel endurecida
¡oh movimiento, sierpe, que abandonas!

Comprendamos a Juana Inés:

Así, alimentando, triste,
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo,
es la vida con que muero.

Miremos este poema de Barba-Jacob:

La vida es agua de un áureo río
y afluye al tiempo su onda de oro;
y es el mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.
(Lanzas ¡oh Muerte! tu soplo frío
y paralizas
la onda móvil del áureo río
Detén, agua, tu prisa, porque en tanto
te ciegue el ojo y te estrangule el canto,
dictar debieras a la muerte zonas.

Gorostiza)

y en el vacío
se hunde el navío
en que navega
nuestro Tesoro.
¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro!

(. . .)

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana,
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y —húmedo por la leche de la ternura humana—
el verso en las praderas del sueño recoger.

(. . .)

No hay nada grande, nada, sino la Muerte

(. . .)

¡Si es crimen dar renuevos a la materia obscura,
yo pugnaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

(. . .)

Busco una vida simple y, a espaldas de la Muerte,
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar,
pensamientos humildes y sencillas acciones
hasta el día en que, al fin, habré de reposar.

Veamos la similitud que este pensamiento tiene con el de Amado Nervo:

Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo,
un apartado refugio amigo
donde pensar;
un libro austero que me conforte;
una esperanza que sea norte
de mi penar,
y un apacible morir sereno,
mientras más pronto más dulce y bueno:
¡qué mejor cosa puedo anhelar!

Prosigamos con Barba-Jacob:

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno. . .
¡Yo quería un mar!
(. . .)

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso
y el verdor edénico, y el azul abril. . .
¡Oh sórdida guía del viaje nocturno!
¡Yo quiero morir!
(. . .)

Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero
fui hasta la Muerte. . . Un alba se hizo en mi corazón.
¡Y estoy sereno! En medio del obscuro "Algún día",
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos.
(. . .)

"¡Todo por mí! La ardiente cabellera
flota en los manantiales de la vida
y por mí, como un bosque en su pradera,
la Muerte está de niños frutecida".
(. . .)

¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
¡Reíd, danzad al soplo de Diónisos que embriaga el
corazón!

La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!
Ya por celestes númenes alzado el mortuorio
manto que las criaturas envolvía,
la luz viene a llamar a los cristales. . .
(. . .)

Bajo el árbol antiguo el agua suena. . .
(. . .)

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte.
Yo traje la visión de un agua dilatada;
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra,
que tuve un calofrío
de vida y muerte
(. . .)

Me encuentro con muchos poetas que se conduelen de los árboles. Se conduelen de seres vivientes que no se pueden defender cuando los cortan. Esto es un fenómeno claro de identificación masoquista:

"Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece al hacha los desnudos brazos
para alimento del hogar, cortémosle".
¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!

He aquí su identificación masoquista con los animales:

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales que, no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

Veamos su identificación masoquista con un niño y una defensa agresiva hacia una madre que, como la suya, mal alimentaba a su vástago:

¡Oh pobre india estúpida!, tu hijo está llorando:
¡arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

Edmundo Bergler, a través de la experiencia de miles de casos clínicos, descubrió lo que él llamó "el septeto de temores infantiles". Esta es una de sus versiones: "Toma tanto tiempo para que el cariño de la madre impresione al niño, que antes de que esto ocurra, el niño se ha adaptado a un septeto de temores, en los cuales la madre representa el papel de una bruja. Estos temores ocurren durante la fase preedípica; es durante este primer año y medio a dos años de vida, cuando el bebé se forma estas peculiares equivocaciones acerca del tipo de persona que su madre realmente es, por lo que se construye una idea de sí como la de una víctima inocente de una bruja que es capaz de matar de hambre, devorar, envenenar, estrangular, descuartizar, drenar y castrar".

Observemos lo que intuyó este poeta colombiano, quien era víctima de un "hechizamiento luciferino y sonámbulo" como él lo consideraba:

Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,
yo, Rey del reino vacío de las rimas,
con mis canciones ebrias
que un son nocturno hechiza,
y con mis voces pávidas,
anuncio las cavernas del Enigma.
En mis siete dolores primarios se resume,
como en alejandrino paradigma,
la escala del dolor que el mal asume.

Pueden estar Colombia y la Hispanidad orgullosas de este poeta, cuyas antologías no deben de faltar en ninguna de nuestras bibliotecas, si es que de verdad pretendemos transmitir las buenas letras a la posteridad.



BOSQUEJO BIOGRAFICO
DE
SIGMUND FREUD

Hugo Rosen

NORTE/41

Sigmund Freud nació en Freiberg (Friburgo, Moravia), actualmente parte de Checoslovaquia, el 6 de mayo de 1856. Cuando tenía cuatro años de edad, su familia se mudó a Viena, en donde vivió el sabio hasta 1938; fecha en que huyó a Inglaterra debido a la persecución contra los judíos, y murió allí el 23 de septiembre de 1939.

Desde muy joven estuvo dotado Freud de una extraordinaria concentración mental y de privilegiada memoria, y mostró gran interés por la lectura de los clásicos y de las sagradas escrituras. Aprendió latín, griego, francés y español, y sobre esta última lengua nos dice el propio Freud en el prefacio de sus **Obras completas traducidas al español**, que la aprendió para poder leer **El Quijote** —obra que él consideró como suprema en la literatura universal— en su versión original.

Fue siempre un estudiante tan brillante que asombró a todos sus maestros y compañeros de la Universidad de Viena, donde finalmente se graduó de médico en 1881. Al principio de su carrera fue influenciado por los profesores Brücke y Meinert, con quienes se dedicó a la investigación del sistema nervioso. Durante varios años trabajó simultáneamente en varios hospitales de Viena, y publicó algunos trabajos sobre neuroanatomía, un famoso estudio sobre parálisis cerebral infantil y otro sobre afasia, los cuales aun hoy son considerados como clásicos. En 1885 recibió una beca para ir a París, para estar junto a uno de los más grandes neurólogos de todos los tiempos: Jean Charcot, quien era director del reclusorio de la Salpêtrière en París. Freud observó allí el fenómeno de la histeria de conversión, y comprendió que las parálisis, cegueras, etc. que estos pacientes presentaban, tenían una causa psíquica. En 1886 retornó a la práctica privada como neurólogo, en Viena, y se casó con Marta Bernays, la que le dio seis hijos. Ana Freud, su hija menor, quien aún vive en Londres, está considerada como una de las más eminentes psicólogas infantiles. En esa ocasión, Freud fue recibido con frialdad por sus colegas vieneses, al grado que Meinert lo excluyó de su laboratorio porque Freud recomendaba la hipnosis como método para remover los síntomas histéricos. A medida que sus descubrimientos avanzaban, como lo veremos posteriormente, se fue haciendo de más opositores y enemigos, lo que no lo hizo desistir de sus propósitos ni que se retractara de sus teorías.

En 1923 descubrió que sufría de cáncer del maxilar, y a pesar de innumerables operaciones y dolores, sin jamás permitir que se le pusiese calmante alguno, siguió psicoanalizando a sus pacientes y escribiendo sus obras hasta el día de su muerte. La muerte lo sorprendió al concluir su libro **Moisés y el Monoteísmo**. Por voluntad suya, su cadáver fue incinerado y sus restos depositados en un jarrón etrusco que formaba parte de su colección arqueológica y en cuyo pedestal mandó inscribir simplemente: "Sigmund Freud (1856-1939)".

Ahora presentaré un breve bosquejo de sus contribuciones más importantes al conocimiento del hombre, pues Freud no sólo influenció los campos de la psiquiatría y la psicología, sino también los de las artes: literatura, y los de varias otras ciencias, como la antropología.

Sigamos sus pasos entre 1886 y 1895. En esa época la psiquiatría no existía como tal, y cuando alguien padecía un problema nervioso, su médico le recomendaba descanso, vacaciones, cambio de ambiente, etc. Cuando Freud fue a París en 1885, Charcot lo impresionó con dos ideas básicas: Primera, que la histeria era una enfermedad demostrable. Segunda, que la histeria se podía tratar con la hipnosis. Pero debido a que Charcot era realmente un neurólogo y no un psicólogo, no continuó más allá ni trató de determinar qué factores psicológicos producían la histeria, usando de la hipnosis sólo para remover algunos síntomas, pero no para explorar cuáles eran las causas psicológicas que producían estos síntomas.

Cuando Freud regresó a Viena, José Breuer, médico vienés y viejo amigo de Freud, le relató el tratamiento de una de sus pacientes: Ana O, una joven que padecía de histeria y a la cual él hipnotizaba con frecuencia para averiguar sus problemas psicológicos reprimidos: le preguntaba en qué circunstancias habían aparecido sus síntomas, y observaba que estos desaparecían cuando ella le confesaba la naturaleza de los mismos; a este método le llamó **catarsis**. Freud pudo darse cuenta de que cuando la paciente podía hacer aflorar el material reprimido en su mente consciente, se efectuaba un fenómeno terapéutico. En 1895 ambos publicaron **Estudios sobre la Histeria**, pero cuando Freud comenzó a interesarse en la naturaleza sexual de dicha enfermedad, Breuer se horrorizó y trató de disuadirlo de esa idea, ya que la consideraba extravagante y peligrosa.

Freud continuó sus investigaciones, citando ya en 1896, dieciocho casos que había analizado, en los que podía demostrar que sus pacientes habían sido seducidos sexualmente por sus padres. Freud, entonces, formuló su primera teoría sobre la neurosis, afirmando que las varias formas de neurosis son debidas a otras tantas diferentes formas de frustraciones sexuales. Freud defendía su tesis de que los traumas sexuales infantiles son causantes de la neurosis; lo cual aumentaba aún más la hostilidad de sus colegas hacia sus teorías.

En 1895 encontramos a Freud preocupado con su propio análisis. Ya años atrás le había escrito a su prometida: "me resulta extremadamente difícil comprender a otra persona, si yo no puedo comprenderla en términos de mí mismo". Freud no podía comprender porqué a los 39 años, siendo un neurólogo famoso, teniendo un matrimonio normal con cinco hijos y el sexto (Ana) por nacer, sufría tantos cambios anímicos y temores, se encontraba frecuentemente deprimido, engendraba tor-

mentosos odios hacia otras personas, y sin razón alguna, padecía severos trastornos nerviosos de orden cardíaco y digestivo, temiendo inclusive cruzar la calle y abandonar su casa. Todas estas cuestiones lo impulsan a profundizar en el estudio de los fenómenos emocionales, y en consecuencia este período autoanalítico de Freud, lo condujo a la investigación de las causas que le producían aquellos trastornos. Es aquí donde se observa el principio de su mayor descubrimiento: el psicoanálisis.

La muerte de su padre, en septiembre de 1896, agravó más el estado de depresión severa que sufría y que duró tres años. Sus sueños constantemente señalaban una gran hostilidad hacia su padre, a pesar de que lo amaba tanto; hostilidad que él siempre negó conscientemente mientras su padre vivía, pero que a la muerte de éste se le hizo consciente creándole un estado de culpabilidad. Freud comprendió a través el análisis de sus propios sueños, la importancia que estos tenían para la comprensión de los problemas emocionales. En 1897 se sumió en la desesperación más completa, suspendió su consulta, se agravó su insomnio, sintió que sus teorías eran inútiles, y todos sus síntomas neuróticos se exacerbaban, al grado que creyó que se moriría en cualquier momento. Bajo esta tensión, Freud empezó a autoanalizar intensamente sus memorias infantiles, y así comprendió que el inconsciente del adulto está formado en gran parte de dichas memorias. Descubrió que cuando niño, tenía deseos incestuosos hacia su madre, celos hacia su padre y deseos de asesinar a su hermano menor Alejandro, fenómenos estos que lo llevaron a la postulación del **Complejo de Edipo**. Entre el otoño de 1897 y el verano de 1898, estudiando intensamente sus memorias infantiles, sueños y material reprimido, comenzaron a aliviarse de un modo extraordinario sus síntomas neuróticos, y pudo trabajar nuevamente en el análisis de sus pacientes, aplicando lo que él había descubierto en su propio análisis, es decir: traer a la mente consciente del paciente sus memorias infantiles, y analizar los sueños del mismo. Freud, entonces, descarta el uso de la hipnosis y en su lugar utiliza lo que llamó él "**Método de las asociaciones libres**", que consistía en acostar al paciente cómodamente en un sofá y sugerirle que hablase de todo cuanto le viniese a la mente, sin reparar en si ello era o no importante, sino simplemente permitiendo que las ideas fluyeran libremente, una a continuación de la otra, dado que así, a través de enlaces inconscientes establecidos entre una idea y las subsiguientes, se podría llegar al inconsciente.

En el año de 1899, Freud terminó el manuscrito de **La interpretación de los sueños**, que fue publicado el 4 de noviembre de ese mismo año (a pesar de que el editor haya consignado que lo fue en 1900). Esta es una de las obras psicológicas más monumentales de todos los tiempos, en la que nos demuestra la existencia de la mente inconsciente y su importancia capital. En

los sueños se gratifican en forma simbólica los deseos reprimidos, inadmisibles a la persona cuando está en estado de vigilia. De esta forma, el conflicto interior es evitado y la persona puede continuar durmiendo. De no usar el ropaje simbólico, la persona se despertaría súbitamente, gritando; que es lo que nos sucede cuando tenemos una pesadilla. A pesar de ser esta la más grande obra de Freud, fue totalmente ignorada por la profesión médica, y así las 600 copias que se imprimieron, tardaron 8 años en venderse. Hasta el año de 1929 habían sido impresas 8 ediciones más.

En 1904, Freud publicó **Psicopatología de la vida cotidiana** y al año siguiente **El chiste y su relación con lo inconsciente**. La tesis que sustentaba Freud se basaba en que cuando una persona omite algo o dice una cosa por otra, se olvida de una cita o de echar una carta al correo, de devolver un libro o de asistir a su propia boda, etc. es porque en el fondo esa persona no desea hacer aquello. En lo personal, yo tuve ocasión de presenciar el terrible apuro que pasó el presidente de un consejo de diputados de mi país (Cuba), por uno de estos actos fallidos freudianos. Este señor tenía relaciones amorosas con una mujer casada, muy ambiciosa, quien le pidió que la hiciera diputada, y el día en que hizo la presentación oficial ante la Cámara, en presencia del esposo de esta dama, cometió el siguiente equívoco: "**Damas y caballeros, tengo mucho gusto en presentar a nuestra nueva diputada, a quien yo personalmente llevé a la cama... digo... a la Cámara**". Otro ejemplo es lo que le ocurrió a Freud con una paciente, quien al entrar en su consultorio le dijo: "**Buenos días, profesor... perdone doctor**". Esta muchacha, cuando tenía 12 años, fue violada por su profesor, y al entrar al consultorio y ver a un hombre mayor, quien cerró la puerta y la mando acostarse en el sofá, hizo que reviviera en ella el trauma sexual. Le tomo varios meses a Freud descifrar aquel acto equívoco. También nos relata Freud que el Emperador de Austria quien de mala gana tenía que ir a inaugurar las Cortes, ya que en ese acto tenía que estar sentado 4 ó 5 horas, aburrido, dijo: "**Declaro clausuradas estas Cortes**", en vez de "**inauguradas**". Ya en 1905, publica Freud un libro llamado **Tres ensayos sobre la vida sexual**, en el que habla de la importancia de la sexualidad infantil en el sentido de que el niño se enamora de su madre (lo que agravó aún más el rechazo de la sociedad puritánica en que vivía). En él expresa, por primera vez, la teoría de la libido, que manifiesta que el individuo nace con un instinto sexual, el que después pasa al yo, en donde sufre varias transformaciones (puede dirigirse al amor sexual, directo, al trabajo u otra actividad creadora a través de la sublimación). El término **libido** no está relacionado con el de cohabitación o acto sexual, como mal se interpreta generalmente ahora, sino que tenía una significación muy



Gabinete de Sigmund Freud



general. También habló Freud en un trabajo que escribió en 1907, de la relación que tenía la religión con los actos obsesivos, exponiendo que el individuo siente inseguridad frente a lo desconocido, defendiéndose contra esta inseguridad con una conducta obsesiva-compulsiva. En 1972 publica su famoso libro **Totem y tabú**, en el cual explica y aplica sus teorías psicológicas relativas a la sociedad como conjunto. En 1920 escribe su gran obra **Psicología de las multitudes** y en 1923 **Civilización y su descontento**. En resumen, en estos libros Freud trata de explicar sus ideas del origen y formación de las sociedades humanas: una sociedad estable solamente se hace posible cuando las tendencias patricidas universales de los hijos de esa sociedad pueden ser superadas, pudiéndose de esa forma preservar la familia. El tabú contra el incesto, que es un componente del complejo de Edipo, es lo que induce a casarse a los individuos de esas sociedades, creándose así los clanes, tribus y naciones. Por lo tanto, la superación de los deseos edipianos es la raíz del desarrollo de las naciones.

Es interesante señalar que en su **Psicología de las multitudes**, Freud opina que para comprender el comportamiento de una persona dentro de un grupo, tenemos que aceptar que el líder representa el **yó ideal** de ese grupo, y por lo tanto es irreproachable y sin ningún defecto; que dicho líder se comporta como un hipnotista de multitudes, y que todos los miembros de ese grupo, al tener un líder común, se identifican entre sí puesto que todos tienen el mismo **yó ideal**.

Entre 1905 y 1914 publica Freud sus **Cinco historias clínicas**: Dora, Pequeño Hans, El Hombre rata, El caso de Schraeber y El hombre lobo. En 1916, Freud hace un sumario de sus ideas e introduce los mecanismos de defensa del **yó** en su libro **Introducción al psicoanálisis**. En 1917 hace estudios sobre melancolía y ambivalencia. El **concepto de transferencia** le es de sumo interés: opina que el paciente debe proyectar sus fantasías, odios y amores infantiles, hacia el psicoanalista, y en esta forma vivirlos de nuevo y superarlos.

En 1920, Freud publica su monumental obra **Más allá del principio del placer**, la cual revolucionó todas sus ideas previas. Hasta ese momento había tratado de explicar las neurosis y la conducta humana a través del instinto sexual, a cuya energía le llamó **libido**, pero comprendiendo que con este solo concepto no se podía representar cabalmente la naturaleza humana, señala entonces la existencia de otro instinto o impulso opuesto al anterior, al cual llamó **Tánatos** o **Detrudo**, aunque después los denominó **agresividad**. Estos dos impulsos, o sean amor y odio, son como dos gigantes que en el inconsciente luchan continuamente. De esta lucha resultará la conducta del hombre. En este mismo libro hace Freud una asombrosa observación: la compulsión obsesiva repetitiva, la cual vendría después a explicar muchos misterios de la naturaleza humana. ¿Por qué la niña que viene del dentista, toda

atemorizada, juega con sus amiguitas representando ella el papel de dentista? ¿Por qué el niño atemorizado por un policía, insiste obsesivamente en jugar a **policías y ladrones**, haciendo siempre el papel de policía? Es posible que la causa determinante de que escojamos diversos trabajos o profesiones se deba precisamente a este fenómeno, al igual que la formación de muchos síntomas neuróticos. Freud explica esto de la manera siguiente: Cuando una persona es forzada a una situación pasiva, a una situación que le produce miedo o terror, se defenderá de este trauma repitiendo constante y compulsivamente la situación, pero a la inversa, siendo él el agresor y colocando a otras personas en el plano pasivo que él ocupó durante la situación traumática.

En 1923, Freud publica **El yo y el ello**, que es su contribución a la interpretación de la teoría de la personalidad, la que divide finalmente en **superyó, yo y ello**.

El **ello** es la parte más primitiva de la mente. Contiene todo lo que se ha heredado, es decir, los instintos y después contendrá también las memorias reprimidas.

El **yó** es como un abogado, haciendo compromisos entre los impulsos no aceptables del **ello**, el mundo real y la conciencia interior. Es aquella parte de nosotros que razona y tiene lógica.

El **superyó** es la conciencia interna, es donde se encuentran el **yó ideal** de la persona y la maquinaria punitiva, a la que el Dr. Bergler llamó con gran acierto, **Frankenstein**.

Entre los años de 1925 a 1926, a pesar de los dolores que le causaba el cáncer en la mandíbula, Freud publicó **Inhibición, síntoma y ansiedad** y **El problema de la ansiedad**, que producen un nuevo y revolucionario cambio en sus teorías psicoanalíticas: Primero la represión conducía a la ansiedad, y ahora, al contrario, la ansiedad es la que crea la represión. Además indica Freud que la ansiedad es el centro de toda neurosis y que por lo tanto juega un papel esencial en nuestros conflictos psíquicos internos. Esta aseveración es aún aceptada por todas las escuelas psicoanalíticas modernas.

En su libro **Civilización y su descontento**, discute los impulsos agresivos y hostiles del hombre, y nos dice que para que se pueda crear un mundo civilizado, es menester que el hombre supere sus impulsos agresivos, lo cual le permitirá vivir en paz con los demás. Pero esto sólo podrá suceder si todos los miembros de ese grupo o sociedad renuncian a sus impulsos antisociales, logrando mantener la represión de los mismos.

Ya en 1918 había publicado Freud un libro filosófico, titulado **El futuro de una ilusión**. Allí nos dice que la necesidad de una religión que tiene un hombre, proviene de sus infantiles, muy profundamente arraigadas y nunca superadas, dependencias emocionales hacia sus padres. Cuando el hombre se encuentra frente a lo desconocido, lo temido o lo terrible, busca una figura mágica, omnipotente que represente la imagen poderosa de su padre

o de su madre, de la más tierna infancia, para que lo ayude y lo consuele. Freud también nos habla de que el hombre necesita de un líder poderoso, que no es más que el sustituto del padre de su infancia, quien le calma sus ansiedades y hace desaparecer sus angustias y temores.

En 1939, ya moribundo Freud nos lega su último libro **Moisés y el Monoteísmo**, en donde nos dice que él creía que Moisés era egipcio y no hebreo. Moisés fue capaz de convertir a los judíos a la idea monoteísta debido a la influencia de la religión egipcia, que así lo era. Moisés fue entonces asesinado por sus seguidores, lo que según Freud creó un complejo de culpa entre los hebreos, quienes jamás pudieron superarlo. Yo, en lo personal, estimo que Freud se identificó con Moisés, el gran patriarca, porque al escribir su libro estaba sufriendo las agonías terribles del cáncer, poco antes de lo cual había tenido que huir de la criminal persecución de Hitler contra los hebreos, de la que se salvó milagrosamente gracias a su antigua paciente y seguidora, la princesa María Bonaparte, y al doctor Ernesto Jones; éstos le pagaron a Hitler una suma aproximada a 250 mil chelines, con lo que fue posible rescatar a Freud de una muerte segura. Freud llegó a París con su familia y con varios de sus discípulos, y allí recibió la aclamación del mundo libre, decidiéndose entonces a ir a Londres, donde meses después murió. En sus últimos años demostró gran coraje e integridad para soportar el dolor. Leamos estas líneas que le escribió a Hans Sachs: "Yo no hubiese escogido jamás esta forma de morir; pero, desgraciadamente nunca se nos da a escoger la forma en que ello va a suceder". Muchos años atrás había conocido al gran filósofo norteamericano William James, quien en cierta ocasión sufrió un severo

ataque de angina de pecho mientras caminaban juntos, diciéndole con gran estoicismo a Freud: "Por favor, discúlpeme de este "paquete", que estaré con usted en un momento", ¡mientras pasaba por un momento de agonía! Freud admiró intensamente su coraje, y deseaba que cuando su propia hora llegase, pudiese comportarse como su amigo.

A su llegada a Londres, la Real Sociedad Británica inusitadamente lo hizo miembro de honor, y rompiendo con la tradición, le enviaron a su casa el Libro de los Hombres ilustres para que Freud lo firmara, ya que éste estaba demasiado enfermo para poder salir de su casa. El gobierno de su Majestad lo hizo ciudadano inglés honorario, inmediatamente; y en tanto el mundo libre estaba jubiloso porque Freud había podido salvarse de los nazis, con todos sus manuscritos y sus pertenencias, incluyendo su colección de antigüedades, las que siguieron haciéndole compañía en su nuevo hogar en Londres.

Su obra estaba concluida, se sentía satisfecho de sí mismo, sabiendo que miles y miles de estudiosos en el mundo entero, continuaban ayudando y curando a los enfermos mentales, gracias a sus descubrimientos y enseñanzas; consciente también de que sus teorías habían revolucionado las ideas de la psiquiatría, las artes y las ciencias, y sabedor igualmente de que había descubierto un nuevo continente: los secretos de la mente humana. Freud murió, así, tranquilo y sin temor alguno. En cierta ocasión había dicho: "Un hombre es fuerte en la medida que representa a una idea fuerte".

Conferencia dictada
el 7 de agosto en AURIS,
Edo. de México.



De todo lo que leí sobre Camoens, en tinta fresca del Centenario, lo que más me desagradó fue cierta conferencia en la que se procuró "demostrar" a la fuerza que

"Camoens" y "Os Lusíadas" pertenecen, por el espíritu, las ansias y las preocupaciones de orden religioso, ético y político, a la Europa contrarreformista".

En otras palabras, se trataba de afiliar a Camoens al reaccionarismo tridentino, que hizo ya que se angustiara la inteligencia clara de Anthero de Quental. Se trató de dilapidar el genuino erasmismo camoeniano. Esta ofensiva procedió de un catedrático de Coimbra.

Ahora, por mediación de la prensa local ("Noticias", 10 de marzo de 1973) me llega el antídoto: fue premiado un ensayo sobre Camoens, original de María Margarida Garcéz da Silva, finalista del curso de Historia de la Facultad de Letras de Lisboa. Esta joven universitaria, todavía estudiante, ganó el primer premio del concurso de ensayos camoenianos, promovido por la Comisión Ejecutiva de Conmemoraciones del IV Centenario de "Os Lusíadas". Esta joven defiende en su ensayo que "Os Lusíadas"

"contienen explícitamente una teoría del poder, perfectamente transferible, del tiempo en que vivió Camoens, a todos los tiempos".

Además —lo que tiene una importancia extraordinaria—,

"Contra Maquiavelo o, mejor dicho, contra los maquiavelistas, Camoens defiende la idea de que el poder es una forma de servir, y no el ejercicio de una tiranía arbitraria. El poder pertenece al pueblo que, por su poder, lo delega en el rey".

La noticia de la ANI no avanza nada más. Para mí, es bastante. El resto lo puedo leer. Es un ensayo cuya finalidad es demostrar el genio justiciero y democrático de Camoens, estableciendo normas para todo un futuro. Precisamente lo que el citado maestro de Coimbra no evidenció, sino que escondió. El hecho de que la tesis contraria provenga de una estudiante, sólo sirve para probar la incompatibilidad de las generaciones, la discordancia entre viejos y jóvenes, la distancia que separa a los profesores de los alumnos.

De todo lo que leí sobre Camoens, escrito bajo la égida del Centenario, fue lo que más me gustó. Y el hecho de que proceda de una mujer (ser mentalmente conservador), es lo que más me deslumbró. Me agrada estar en Lisboa para buscar a esa joven y felicitarla. Es preciso lamentarnos, también, de que un premio tan significativo y brillante, fuese, al mismo tiempo, tan pobre: solamente quince mil escudos, cuando las Sociedades de Estudios de Mozambique llega a dar por una poesía "premiada" o por un "cuento" de sus venerados juegos florales... diez mil escudos. ¡Y

qué distancia hay de un ensayo profundo, que exige cultura y meditación, a una poesía o un cuento de Mafra! ¡Cosas que se escriben incluso bajo el sonambulismo! ¡Y cuanto más inconscientes, mejores! ¡No, no puede haber armonía!

No viven Joaquim de Carvalho ni Antonio Sergio ni Jaime Cortezao, para que sintieran igual satisfacción por el ensayo de María Margarida. Los tres, hombres de la misma generación, tuvieron un acendrado amor a Camoens; pero no a un Camoens cualquiera, sino precisamente a un Camoens visceralmente demócrata. Su Camoens era el Camoens contra Maquiavelo o, mejor dicho, contra los maquiavelistas (y de esta especie son algunos críticos).

Coimbra, julio de 1958. Jaime Cortezao acaba de visitar a Joaquim de Carvalho en su modesta casa de la calle San Cristóbal. Les oí que decían:

"Pobre Camoens, que es todavía utilizada para todo. ¡Lo más nefando lo persigue!"

Iba a ser el último encuentro entre los dos hombres y amigos. Joaquim de Carvalho no volvería a levantarse de su lecho de muerte. Jaime Cortezao decidió ir a matar su nostalgia a San Juan del Campo, a pocos kilómetros de distancia de Coimbra, donde se encontraban la casa de sus padres y su infancia. Lo acompañé a la ida y al regreso. Estuvimos en el gran huerto de la casa, recogiendo y comiendo nísperos rubios. ¡Qué grande era su avidez de emigrado! ¡Y cómo miraba a los campos de Mondego, que también amó Camoens! Entonces, religiosamente, le bebí estas palabras, resumen de su juicio sobre Camoens:

"Camoens es un espíritu crítico puro. Por eso, es un verdadero demócrata. Para realizar alguna "obra de virtud", hay que buscar **por sí mismo** el lustre del nombre, y no basarse solamente, para ello, en la nobleza de los antepasados; hay que vencer rudamente "los apetitos", arrostrar todos los peligros, las privaciones y las intemperancias y, finalmente, despreciar las honras y el dinero. Por medio de estas experiencias se alcanza la claridad del entendimiento y la virtud "justa y dura". El puro héroe camoeniano se forja en la práctica de la moral estoica. Y también por la fuerza de la voluntad se alcanza la libertad interior:

Por isso, ó vós, que as famas estimais,
Se quiserdes no mundo ser tamanhos,
Despertai já do sono do ócio ignavo
Que o animo de livre faz escravo.

(Por eso, oh vosotros, que la fama estimáis,
Si queréis ser en el mundo grandes,
Despertad ya del sueño del ocio perezoso,
Que al ánimo de libre lo hace esclavo)

Este llamamiento a la acción heroica, como condición de la libertad, la gloria y la honra civil, que inspiran esa y otras estrofas, como la 87 y la 92 del Canto IX,

se suprimió, lamentablemente, en la edición de **Os Lusíadas** de 1584 y en otras semejantes, porque se le censuraba cierta influencia jesuita. El concepto camoensiano se oponía diametralmente a la disciplina de obediencia **perinde ac cadaver**. Y ya veremos que el Camoens ciudadano, forjado en el heroísmo estoico, se inspiraba en los dictámenes del Poeta y ejercía con la mayor amplitud su derecho de libre crítica al gobierno del rey Don Sebastián y sus consejeros. Para el Poeta, la libertad no sólo era una excedencia interior, sino también una condición de dignidad del hombre, considerado como político. El portugués sólo obedece al monarca que reuna en sí mismo, en el grado más alto, todas las virtudes:

Mas o Reino, de altivo e costumado

A senhores em tudo soberanos

A rei nao obedece nem consente

Que nao for mais que todos excelente.

Este reino altivo, feito de livres heróis,

Alarga-se a todo o planeta:

Que toda a terra é pátria para o forte

(Mas el Reino, por altivo y acostumbrado

A señores en todo soberanos

A rey no obedece ni consiente

Que no sea más que todos excelente.

Este reino altivo, hecho de héroes libres,

Se extiende a todo el planeta:

Que toda la tierra es patria para el fuerte)

Era así como Cortezao sentía y valoraba a Camoens. Lo mismo que Sergio y Joaquim de Carvalho. Tres republicanos, tres demócratas. Sin embargo, Camoens vivió en el siglo XVI, cuando todavía estaban lejos el siglo XIX y la formulación de la ideología republicana...

Un Camoens demócrata no es necesariamente un republicano **avant-la-lettre** (precursor); eso constituye incluso una prueba suficiente de que la democracia y la monarquía pueden convivir. Siempre oí decir a Joaquim de Carvalho, sin desdecirse de su republicanismo, que el período en el que Portugal gozó de mayor expansión cívica y libertad, fue el del reinado de Don Pedro V, y que el verdadero mal de la monarquía fueron... los malos monárquicos. En el fondo, eso era lo que pensaban también Sergio, Cortezao y el complejo Fernando Pessoa.

Ahora bien, Maquiavelo ahuyenta cualquier idea de democracia, de participación crítica de la plebe en el poder constituido. Maquiavelo sólo mira hacia uno de los lados, nada más hacia el Príncipe: todo para él, todo lo que sea conquista, conservación y fortalecimiento de su poder. Maquiavelo tenía un concepto pesimista de la naturaleza del hombre: los hombres son, generalmente,

"ingratos, inconstantes, disimulados, trémulos ante los peligros, y ávidos de lucro; en cuanto les hacéis bien, son fieles; os ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos, en tanto el peligro sólo se presenta



remotamente; sin embargo, cuando éste se aproxima, se desvían con gran rapidez”.

De ahí que el Príncipe (y **El Príncipe**, como se sabe, se intitula su obra, publicada cuatro años después de su muerte, en 1531, cuando Camoens tendría 7 años de edad), en medio de esa gente maligna (casi me siento tentado a decir: ¡toda la escoria humana!), deba

“tratar de ser simultáneamente zorra y león; puesto que, si fuera sólo león, no vería a los armadillos; si fuera sólo zorra, no podría defenderse contra los lobos; por lo tanto, tiene igual necesidad de ser zorra para reconocer a los armadillos, que león, para atemorizar a los lobos”.

Además de afirmar que el hombre no podía emanciparse del mal, Maquiavelo estructuró su teoría del mando tanto en la guerra como en la apariencia. En lo tocante a la guerra, decía:

“El despreciar el arte de la guerra, es el primer paso hacia la ruina (del Príncipe); el conocerlo perfectamente, es el medio para elevarse al poder”.

En cuanto a la apariencia, meditaba:

“Todo el mundo ve (Príncipe) lo que parecéis, pocos conocen a fondo lo que sois, y esta minoría no osará elevarse contra la opinión de la mayoría, sustentada hasta por la majestad del poder soberano”.

El Camoens del “desconcierto del mundo”, el Camoens moralista de “¡Oh, vana gloria de mandar!”, el Camoens indiferente al dinero, nunca se dejó llevar por el unilateralismo del “lado malo” del hombre. Sí, sabía muy bien que la virtud es rara:

“O mente baixa, de matéria humana,
cega no bem e vista na maldade...” (Elegía X)

(Oh mente baja, de materia humana,
ciega al bien y que ves la maldad...)

Sabía perfectamente que la hipocresía impera en las relaciones sociales:

“Mas os maus, sao de teor
que, des que mudan de cor
chaman logo a el-rei compadre”
(Disparatas de la India)

(Mas los malos, por lo común,
Desde que cambian de color
Llaman al rey compadre)

Sabía bien que la falsedad es la gran bandera entre los hombres:

“Na paz mostram o coracao,
na guerra mostram as costas”

(En la paz muestran el corazón,
en la guerra muestran las espaldas)

Y sabía muy bien —como Maquiavelo— que casi no existe nadie...

“Por mais que filosofe nem que entenda,
Que algum pouco do mundo nao pretenda”.

(Por más que filosofe o entienda,
algún poco del mundo no pretenda)

Y, no obstante, a pesar de ese realismo y ese reconocimiento, no podemos de ninguna manera identificar a Camoens, su concepción de la comunidad y del poder, con Maquiavelo y toda su prolífica descendencia, que llega hasta nuestros días (un Mussolini que en un escrito de 1924 —“Preludio a Maquiavelo”—, dijo:

“Afirmo que la doctrina de Maquiavelo está hoy más viva que hace cuatro siglos...”

y no eran bazofias, no).

Sí, ¿cómo es posible tachar a Camoens de maquiavelista, si nuestro liberal Poeta y ciudadano recrimina las injusticias?:

“dos Reis cuja vontade manda mais que a justiça e a verdade” (Lus. X, 23)

(de los reyes cuya voluntad manda más que la justicia y la verdad)

y, por el contrario, enaltece las leyes que

“aos grandes nao dêem o dos pequenos”

(a los grandes no les den lo de los pequeños)

Camoens no navega en las “apariencias” (lo que parece ser de Maquiavelo). La virtud tiene que ser real, externa e internamente:

“O quanto deve o Rei que bem governa,
de olhar que os conselheiros ou privados,
de consciência ou de virtude interna
e de sincero amor sejam dotados”

(est. 54, Canto VIII, Lus.)

(Oh, cuánto debe el rey que bien gobierna,
procurar que los consejeros o privados,
de conciencia o de virtud interna
y de sincero amor estén dotados)

Sabemos cómo Fernao Mendes Pinto dio a conocer la novedad china, tan distinta de las costumbres europeas, cuando se refirió al modo de elección de los jefes:

"El modo en que los eligen para aquella dignidad es este: llegan a saber que hay un hombre muy letrado y discreto en alguna provincia de su reino, y que todos lo tienen en esa reputación: lo manda llamar, lo llena de honores y le hace ocupar la vacante que haya entre los citados ocho, para que rijan su reino".

El ejemplo chino, en las antípodas del propuesto y loado por Maquiavelo, es el que elogió Camoens en la estrofa 130 del Canto X, referente a las virtudes que debe tener un hombre de estado:

"Mas elegem aquele que é famoso
Por cavaleiro, sábio e virtuoso"

(Más eligen al que es famoso
por caballero, sabio y virtuoso)

Y todavía más claramente en la estrofa 58, con una nota perentoria:

"Quem faz injúria vil e sem razão
Com forças e poder em que está posto,
Nao vence, que a vitória verdadeira
E saber ter justiça, nue e inteira".

(Quien comete injusticia vil y sin razón
Con las fuerzas o el poder que tiene,
No vence, pues la victoria verdadera,
es saber tener justicia, desnuda y entera)

Podría dar docenas de ejemplos de Camoens odiando a los "viles mandones", como llamaba a los déspotas, a

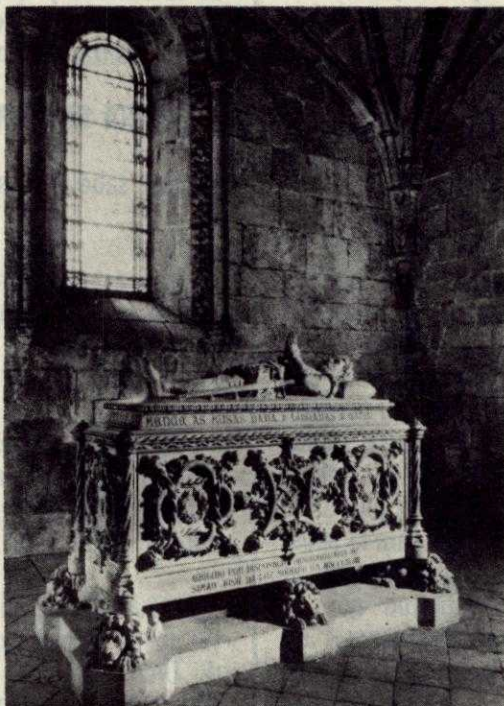
los señores del poder por el poder. Pero basta dar uno que no deja dudas en cuanto a su noción "limitada" del poder: la de que no se debe abusar de él. Viene en la límpida estrofa 84 del Canto VII, al decir que no cantaría:

"Nenhum ambicioso que quisesse
subir a grandes cargos...
Só por poder com torpes exercicios
Usar mais largamente de seus vícios"

(A ningún ambicioso que quisiera
ascender a grandes cargos...
Sólo para poder con torpes ejercicios
Usar más ampliamente de sus vicios)

Bastarían estos versos para condenar a Maquiavelo y a toda su prole...

Sin embargo, hay que tener cuidado. Me decía Jorge Luis Borges que en el mundo del espíritu y la realidad, no hay nada que no sirva para su contrario... La idea común es la de que Maquiavelo favorece el despotismo con su teoría del poder rígido, brutal, todo por él, nada contra él. Y no se concibe que al mostrar en un libro el proceso de formación, conquista y manutención del poder, iba a insuflar en las libres conciencias de los hombres futuros, todo un estado de ánimo de repulsa, ni a incitar a que los hombres, sabiendo como era la cosa, buscaran otros caminos más puros... Lo pensado no destruye lo no pensado. De ahí la ambivalencia de todo pensamiento. Por eso los protestantes llamaron peyorativamente jesuita a Maquiavelo. Y, extraña dialéctica, todavía está la circunstancia de que los jesuitas lo denunciaron como fraude a la dignidad de la conciencia cristiana y católica... ¡Sí; mucho cuidado!



MARTIN ADAN: OBRA INSOLITA

Jesús Cabel

Sobre Martín Adán o Rafael de la Fuente Benavides (Lima, 1908) se han escrito, hasta ahora, varios libros; todos ellos oscilan entre la vida y la obra del poeta. Pese a nuestros esfuerzos, la entrevista propuesta no ha llegado a feliz término. Ello justificará, en parte, el hecho de haber elegido una serie de juicios críticos y poemas, acerca del bardo, como primer intento de comprensión de su obra. Tenemos que afirmar que Martín Adán vive la poesía y la vive en el sentido más profundo y desgarrador. La entrega que realiza al duro oficio de la palabra, es absoluta. Aquí no aceptamos excepciones. La regla es inflexible: La Poesía como inicio y como fin. Y si tratamos de explicar las causas del apartamiento que habita Martín Adán, estamos seguros que Azorín nos ayudará al tratar sobre Rainer-Maria Rilke y Jacinto Verdaguer; similar caso: "Y el poeta siente un miedo terrible, angustioso. Y para evitar el mal inevitable, restringe más el círculo de su vida, se encierra más en sí mismo, hace su soledad más densa. Y este remedio que él busca se vuelve contra él. Pero ¿podía este ser sensitivo, mórbido, hacer otra cosa? Si se lo propusiera, ¿podría volver de pronto, como recurso heroico, al estrépito, a la vorágine ruidosa, al comercio frívolo y brutal de los humanos? / No, no podría; para él no hay ya esperanzas; no tiene más remedio el poeta que ir, cada día más, hundiéndose en la soledad, huyendo de las cosas, tratando de evitar heroicamente, con esfuerzos íntimos y trágicos, este posesionarse de su espíritu que la realidad exterior intenta. / Y este es uno de los aspectos de la tragedia de los grandes poetas, de los poetas angustiados, los más grandes de todos".¹

Le asiste la razón a Luis Monguió al explicar los inicios de Martín Adán en "Amauta". Sin duda alguna, en esta revista se publicaron sus primeros poemas. La grata sorpresa que significó para José Carlos Mariátegui, director y fundador de "Amauta", se aprecia en el prólogo preparado con motivo de "La Casa de Cartón", obra en prosa, escrita cuando apenas si concluía la segunda década de su vida.

i) Escuchamos a Sebastián Salazar Bondy: "Cada una de las décimas de 'La Rosa de la Espinela' propone la idea de la flor clásica, de la antigua y natural representación de la belleza perfecta como meta del anhelo humano. En ella se abisma el poeta, ya como puerto de un viaje liberador, ya como cauce espiritual para la substancia humana, ya como esfera absoluta en la que lo vario es uno. En todo caso, como infinitud que se quiere alcanzar con alma y cuerpo, en una especie de ascenso o superación platónica hacia un cielo real e ideal al mismo tiempo".²

BALA

¡Ven a gritar, el Poeta,
A claridad horrorosa,
Gritando como la rosa
Mirada de anacoreta!
Esa faz, lívida, quieta,
Es, a raíz del respiro
La que mira, la que miro,
Mirándote, muda, mala,
Dios vivo, que cayó un ala,
Y no adivina del tiro.

("La Rosa de la Espinela"/Primera edición:
Cuadernos de Cocodrilo, Separata de la re-
vista "3", No. 2. Lima, 1939).

ii) Habla, Emilio Adolfo Westphalen: "No habíamos contado, sin embargo, con los ardides conscientes o inconscientes con los que el poeta se ha defendido, tenazmente, de cedernos su secreto; con su propensión a anular la revelación apenas hecha, a borrar huellas comprometedoras, a tomar falsas identidades que baraje impunemente con otras muchas auténticas, a jugar inacabablemente con ironía agresiva y naturalidad portentosa, a la mezcla y trastrueque de todas las plurivalencias de su personalidad. ¿Cómo trazarnos un derrotero por esa yuxtaposición, en que se complace, de lo sublime y lo prosaico, de luz y tiniebla aún más deslumbrante, de lo eterno y lo efímero, de gloria y desesperanza, de ingenuidad y sapiencia?".³

QUARTA RIPRESA

Bien sabe la rosa en qué mano se posa
REFRAN DE CASTILLA

Viera estar rosal florido,
cogí rosas con suspiro:
vengo del rosale

GIL VICENTE

—La que nace, es la rosa inesperada;
La que muere, es la rosa consentida;
Sólo al no parecer pasa la vida,
Porque viento letal es la mirada.

—¡Cuánta segura rosa no es en nada!...
¡Si no es sino la rosa presentida!...
¡Si Dios sopla a la rosa y a la vida
Por el ojo del ciego. . . rosa amada!...